



1900, a mano alzada

** Libro de Alfonso Calderón revive época de angelotes, galanes, folletines y maravillosas tecnologías*

El libro es implacablemente ameno. En otros tiempos —sin IVA y con dinero para estos “lujos”—, 1900, de Alfonso Calderón (Editorial Universitaria) sería *best seller* fijo. Anécdotas, imágenes vivas, datos sugerentes o pintorescos, retratos imborrables, hacen de él un panorama a mano alzada de los comienzos del siglo.

Con fina lucidez y una paciencia gallinácea, Calderón ha ido escarbando en bibliotecas, archivos y la batería poderosa de sus lecturas personales, para urdir un relato que entretiene como si fuera novela. Ya los nombres de los capítulos anuncian la diestra movilidad del punto de vista: *Los semitones; Barbas y bigotes; La moda, ¿no incomoda?; La electricidad, esa hada; La guerra de los boers; Elogio del folletín; Vivir su vida en Chile (1900)*... Y así, hasta enterar los 37.

Poeta, investigador literario, lector impenitente de novelas policiales y de aventuras, aficionado al cine y a la música de jazz y al tango, Alfonso Calderón sabe reconocer los signos visibles incluso en las trivialidades. Incluso, o quizá sobre todo. Su ojo certero logra discernir el valor de lo que él mismo llama las “digresiones” y los “semitonos” de la época.

Angelotes ideales.— El libro se abre con los grandes pasionarios del período. Los *dandies* (alguien recordará la palabra), altivos y conquistadores, verdaderos

apologistas del placer. Como Boni de Castellane, “que parecía un temprano héroe de Proust”. O Gabrielle D’Annunzio, el poeta agitador, cuya villa “estaba siempre llena de mujeres, a las que definía como *abadessas de pato*”. Y sus contrapartes, las *demi-mondaines* favorecidas por los últimos aristócratas y caballeros de fortuna. La Bella Otero, por ejemplo (“D’Annunzio le escribía poemas en francés. Renoir quería pintarla”). O esa lánguida Liane de Poissy, que “puso de moda el suicidio”. O Cléo de Mérode (la amante de Leopoldo de Bélgica). “Era la época en que florecían pechos y nalgas —y aun barrigas—. Las curvas eran popolarísimas y casi se postulaba el parecerse a un angelote”. También habla para las *cocottes* Henri de Toulouse-Lautrec: son “la única gente con la cual puedo compartir mi destino. Vivimos en los límites de la sociedad”.

Pero esos seres no funcionan en el desnudo. Necesitan sus sombreros, porque “cabeza loca, no quiere toca, decía el refrán”. Los guantes, sin los que “las manos de las más hermosas exhibirán cínicamente su desnudez”. El corsé, discutido y elogiado. Y —cómo no— las barbas y bigotes, que con la llegada de 1900, “comenzaron a ser puestas en remojo”. Y los usos y novedades: el té, el teléfono, las bicicletas (que aquí comienzan su ocaso), los ferrocarriles y, ciertamente, las flores, cuyo lenguaje es rico y preciso: “Si la violeta es reina, no

Alfonso Calderón: recorrió implacablemente ameno por un tiempo seductor



Foto: Mario Vergara

1900, a mano alzada [artículo] A.C.C.

Libros y documentos

AUTORÍA

A. C. C.

FECHA DE PUBLICACIÓN

1980

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

1900, a mano alzada [artículo] A.C.C. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile